

JUAN PEDRO COSANO

La FUENTE DE ORO

Un amor que desafió al destino
Un mundo a punto de cambiar para siempre




ESPASA

JUAN PEDRO COSANO
LA FUENTE DE ORO



ESPASA  NARRATIVA

© Juan Pedro Cosano Alarcón, 2016

© Espasa Libros S. L. U., 2016

Diseño e imagen de cubierta: CoverKitchen

Ilustración de las guardas: @ Sergey Titov - Shutterstock

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 456-2016

ISBN: 978-84-670-4600-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

Primera parte. Tiempo de vendimia	
<i>A partir de septiembre de 1929</i>	13
Segunda parte. Tiempo de bodega	
<i>A partir de enero de 1931</i>	141
Tercera parte. Tiempo de soleras	
<i>A partir de septiembre de 1935</i>	321
Cuarta parte. Tiempo del vino nuevo	
<i>A partir de septiembre de 1939</i>	485

1

—¿Están los señores?

—El señor no, señorito Beltrán —respondió, sonriente como siempre, Sebastián, el anciano mayordomo de la mansión de los Obertos de Valetó—. Está en la bodega. Desde muy temprano.

—¿Y la señora?

—La señora sí, por supuesto. Está arriba, arreglándose —dijo, abriendo de par en par los grandes portones de aquella casona de la plaza del Mercado, cerca de la iglesia de San Mateo y del palacio de los Riquelme—. ¿Quiere que anuncie su visita?

—Sí. Tengo que hablar con doña Maravillas.

—Enseguida, señorito. Y pase, por favor. Ya conoce el camino del salón, pero lo acompaño de todas formas. ¿Quiere café mientras doy aviso a la señora? ¿O una copa de brandy, o de ponche tal vez?

—Café, gracias.

Beltrán de la Cueva apenas reparó en el pensamiento que le sobrevoló la mente: había aprovechado para su visita un momento de la mañana en que sabía que el señor no estaba. Consciente o inconscientemente, no tenía ganas de dilucidarlo ahora. Se acomodó en el inmenso salón de la casa, que todavía, aunque era principios de septiembre, olía a invierno y a humo de leña. Se distrajo en observar las cornamentas que atestaban una de las paredes del salón y los óleos sobre cobre, de escuela flamenca, que representaban escenas bíblicas y llenaban el muro situado frente al sofá donde había tomado asiento. Un sofá de cuero blanco que había crujido agradablemente al acogerlo. Tomó el diario local, *El Guadalete*, y leyó sin excesivo interés su primera página. Se apercibió de que la

tinta aún fresca del rotativo le había manchado las yemas de los dedos y sacó de su pantalón de hilo color crema, de aparatosa raya, un pañuelo inmaculado. Comprobó que no se había manchado su impoluta camisa de lino blanco y dejó el periódico sobre la mesa. Hojeó el último número de *El Hogar y la Moda* primero, de *Vogue* después, y aguardó el café. Que llegaría, con toda seguridad, antes que la dueña de la casa, siempre parsimoniosa en sus acicalamientos. Y más a esa hora, cuando todavía quedaba un buen rato para que sonase el ángelus y no haría mucho que habría escapado de las sábanas. El figurín que aparecía en la portada de la revista —una mujer alta y rubia, con el pelo corto, cuerpo estilizado y esbelto y rasgos afilados, embutida en un largo abrigo gris de *cheviot* con grandes solapas y sombrero negro— le recordó a su prima Maravillas, hoy la señora de esa casa.

Su prima. Su prima hermana. La primogénita de la prole, hija de Juan Obertos de Valetto, fallecido a principios de año, y de Bárbara de la Cueva, hermana del padre de Beltrán.

—Con su permiso, señorito.

—Hola, Carmen.

La doncella de la casa, una de las varias que allí servían, entró, risueña y pizpireta, en el salón. Con andares ondulantes y la mirada fija en los ojos verdes del muchacho, que los había levantado de la revista de moda que hojeaba y que ahora contemplaba a la sirvienta mientras ésta servía el café de una cafetera de plata y dejaba sobre la mesa baja del salón una bandeja también de plata con dos tazas de porcelana fina y un platito de pastas de las monjas del convento de Santa Rita. Se fijó en sus muslos generosos, rotundos, aunque algo toscos, posiblemente la consecuencia de subir y bajar cuestras acarreando bultos. Y por un instante los comparó con los muslos lechosos, esbeltos, sin asomo de músculos, de su prima. Sintió que se tensaba y respiró con fuerza para alejar de sí esa rigidez. Venía a lo que venía, se dijo, y nada más: tenía que compartir con Mara las nuevas —las malas nuevas— que esa misma mañana le habían llegado en forma de carta a su casa de la Porvera.

—Con leche y un terrón de azúcar, ¿verdad, señorito Beltrán?

—Estás cada día más guapa, Carmencita.

—¡Ay, señorito, no me diga usted esas cosas! Que me pongo muy nerviosa, de verdad. ¿Manda usted algo más?

Y nueva mirada, arrebolada, a esos ojos verdes del joven que destacaban más que nunca en la tez tostada por el sol del verano.

—¿Sabes si doña Maravillas tarda mucho en bajar?

—No lo creo, señorito Beltrán. ¿Quiere usted algo más de mí...? ¿No...? Pues buenos días tenga usted.

Vio irse, bamboleante y coqueta, a la muchacha, que le lanzó una última mirada inflamada antes de cerrar la puerta. Sonrió para sí y apartó de nuevo pensamientos oscuros para los que en verdad ahora no tenía tiempo. Recordó el contenido de la carta que guardaba en el bolsillo del pantalón y la inquietud nubló el color verde de sus ojos. Apuró de dos tragos el café, que le gustaba hirviendo, y mordisqueó una pasta de yema. Desasosegado, deseando apartar de sí aquellos pensamientos que lo conturbaban, se puso de pie, se acercó al aparador y contempló las fotografías que descansaban en su encimera de mármol en marcos relucientes. Fijó la mirada en aquella que, aunque no quisiera, siempre atraía su atención cada vez que visitaba esa casa. Intentó apartar la vista de la foto, pero al final cogió el marco entre las manos y se embebió en la imagen con un sentimiento que era mezcla de fervor y de contrición. Un sentimiento indefinible que era producto a la vez del arrepentimiento y de la memoria del gozo.

Era una fotografía coloreada a mano con acuarelas y anilinas, tomada hacía ahora... ¿cuánto...? Pues exactamente siete años, dos meses y doce días. ¿Cómo olvidar aquella fecha, aquel día tórrido de finales del mes de junio de 1922? En la imagen aparecían todos los jóvenes y niños de la familia, todos los primos De la Cueva en el inmenso jardín de la bodega. Fue pasando la yema del dedo por el rostro de cada uno de ellos: en la esquina izquierda, los tres vástagos de su tía Isabel, hermana de su padre, y de Luis de Hinojosa: Isabelita, Beatriz y Luis, que habían heredado los rasgos paternos y que, de pequeña estatura como eran y con el cabello brillante y negro, en nada se parecían al resto de sus primos, todos los cuales podrían haber pasado sin dificultad ninguna por el más inglés de los estudiantes de Oxford o Cambridge. En el centro de la fotografía, Jaime, Margarita y Gonzalo, los tres hijos de su tío Jaime y de Margarita de Estopiñán. Luego, él, Beltrán de la Cueva y Villacreces, hijo único. Y en la margen derecha de la foto, los tres hijos de su tía Bárbara y de Juan Obertos de Valetto: Petra, Juan y Maravillas. Esta

última, que por aquel entonces tenía casi veinte años y ya estaba comprometida con quien hoy era su esposo, Alfonso Martínez de las Cañas Beaumont, también primo en tercer o cuarto grado de todos ellos, era la mayor de esa generación de jóvenes De la Cueva. Y su cara de fastidio por verse obligada a posar al lado de todos aquellos mocosos así lo evidenciaba. Pero eso había sido —la fotografía, el posado, las sonrisas curiosas y forzadas de los niños, el ademán de hastío de su prima Mara...— a primera hora de la mañana, cuando nadie, y menos que nadie él, auguraba lo que ese día iba a ocurrir. Luego habían venido los chapoteos en el estanque del jardín, los juegos en el cenador, las carreras buscando escondite entre los pinos frondosos, las enormes palmeras, los lánguidos eucaliptos del inmenso vergel que se abría como un oasis entre los cascos de bodega, las naves de almacenamiento y crianza de los mostos, entre el enjalbegado edificio que albergaba las oficinas, entre los lagares y los trabajaderos, los patios y los almizcates.

—¿Cuántos años tienes ya, Beltrán?

Se había sobresaltado como un conejo al oír esa voz junto a él, escondido como estaba tras unos arbustos de rosas de Siria.

—¡Me has asustado, Mara! —había exclamado, tras comprobar que era la mayor de sus primas quien había aparecido junto a él tras los hibiscos—. Quince años —respondió, cuando la respiración se le calmó, atisbando a través de las ramas para ver si su escondrijo había sido descubierto por su primo Jaime, que era quien se había «quedado» en el juego—. O casi. ¿Por qué? ¿Y qué haces aquí, si tú no estás jugando?

No supo interpretar al principio esa mirada que se derramaba por su torso desnudo, bien musculado —a pesar de que había recién ingresado en la adolescencia— de tantas horas empuñando la raqueta de tenis, de las largas caminatas en las monterías, del polo y de las galopadas a caballo por la finca de la carretera de Trebujena. No supo interpretar en ese instante la profundidad de los ojos del color del vino amontillado de su prima Maravillas, que siempre había sido fría y distante con él, desdeñosa, cuando se clavaron en los suyos, verdes como el berilo, en su cabello de ondas suaves y del tono de los trigos soleados, en sus labios húmedos de sudor y zozobra. Porque en esa mirada barruntaba relumbres cuyo significado no sabía o no quería reconocer.

—Bueno, hasta enero no los cumplo.

—Quince años ya... —susurró Maravillas, ajena a esa precisión. Y al muchacho no le pasó desapercibido el timbre ronco de la voz de su prima.

Beltrán no habría podido repetir ahora las frases que siguieron a esa exclamación, las palabras sugerentes, las miradas intensas, las lamentaciones de su prima Mara, sentada en el suelo junto a él, las piernas cruzadas, la falda de organdí dejando al aire las pantorri-llas lechosas, las gotas de sudor refulgiendo en su cuello bajo el canesú, por su próxima boda con alguien a quien apenas si conocía y a quien ni quería ni pensaba llegaría a querer. Pero sí recordaría por años que pasasen cómo, en un momento determinado cuyos preámbulos se enturbiaban en su memoria, sintió los labios de su prima es-carbando en los suyos, abriéndolos con su lengua húmeda; cómo asía sus manos, urgente y precipitada, y las llevaba a sus pechos; cómo él jadeaba y al principio, entre dientes, se oponía, negaba —«¿Estás loca...? ¡Mara, Mara, deja, que nos van a ver...! Pero... ¡¿qué estás ha-ciendo?!»— y cómo al final se abandonó a esas sensaciones codicia-das pero desconocidas a sus catorce años, los muslos de ella abrién-dose sobre él, la blancura de su cuello tenso, las pestañas entoldando sus ojos entrecerrados, el leve dolor que apreció en el rostro de ella cuando él, sin saber cómo, se abrió paso a través de su carne, la ex-clamación de placer que al poco sustituyó a ese dolor primero, el in-finito calor donde el tiempo se quemaba. Y la extrema brevedad de todo. Y la incompreensión de que algo tan breve te pudiera acompa-ñar durante toda la vida.

Muchas veces (a diario, durante los primeros meses) se había preguntado la razón de que aquello ocurriera, y fue barajando mo-tivos al mismo tiempo que los iba desechando. Al final alcanzó la certeza, impropia de sus pocos años, de que «aquello» —¿cómo llamarlo: entrega, abandono, ruptura, pasión, desenfreno...?, ¿pe-cado...?, ¿cómo, por Dios...?— fue el último (o el único, posible-mente) gesto de rebelión de su prima ante una boda que le había sido impuesta, ante el cercenamiento de su juventud, abocada a someterse y entregarse a un hombre casi desconocido y a concebir hijos que a sus apenas veinte años no se había planteado ni desear. El problema fue que lo que había nacido para ser únicamente un gesto aislado de desafío, de negación, de reto, se había convertido

en una relación que, aunque esporádica, era tan prolongada como peligrosa.

—Bonitos tiempos, Beltrán.

Se sobresaltó. No la había oído llegar. Se demoró en devolver al aparador la fotografía coloreada que le había despertado aquellos recuerdos.

—Buenos días, Mara. —Se acercó a su prima y la besó en ambas mejillas. Intentó evitar sus ojos, pero enseguida se encontraron, incendiándose—. Se te ve muy bien.

—A ti también. Hace mucho que no venías. Desde el bautizo de la niña, si no me equivoco. ¿Estará caliente el café todavía? Siéntate, Beltrán, por favor.

Ambos tomaron asiento en el sofá, ella a apenas unos centímetros de él. Sirvió el café mientras su primo le preguntaba por los niños —«Alfonsito, arriba, con la *nanny*; la niña, con su ama de cría, acaba de comer»—, lo sorbió, hizo un gesto de desagrado, mordisqueó una pasta como para alejar del paladar el sabor del café templado y encaró a Beltrán. Y se acercó aún más al joven; ahora, el satén de su falda de tubo hasta la rodilla de color gris perla, a juego con el jersey negro de punto fino con una lazada blanca en trampantojo al cuello, rozaba el hilo del pantalón de él. Su prima, después de los primeros seis meses, había cambiado el negro del duelo por el fallecimiento de su padre por el medio luto de aquella indumentaria.

—Te he llamado no sé cuántas veces, Beltrán.

—Lo sé, pero he estado ocupado. Y ya sabes...

—No te veo desde principios de agosto, cuando la comida en la finca. Y allí apenas si pudimos estar solos unos minutos.

—Sí, lo sé.

—No me estarás evitando, ¿verdad?

—No seas tonta, Mara.

—¿Y entonces?

—Pues lo que te he dicho: he tenido competiciones de polo, dos monterías y además...

—Además ¿qué?

—Lo sabes perfectamente, así que déjate de preguntas, por favor.

—Regresarás pronto a Madrid, supongo.

—Sí. En unos días.

—¿Cómo te va en los estudios?

—Más o menos bien. Pero no he venido a mantener una charla sobre mi vida y mis estudios, Mara, he venido porque...

—Acabas este año, ¿verdad? —preguntó ella, orillando el comentario de su primo.

—O el que viene, tal vez. Ya veremos.

—Eso es que te gusta la vida de Madrid.

—Bueno, es distinta de la de Jerez, donde todo es bastante previsible y monótono. No sé cómo la soportas. Sí, la verdad es que no puedo quejarme —afirmó Beltrán, que se planteó si revelar a su prima los placeres de la vida madrileña, que en absoluto se escatimaba (todo lo contrario, más bien), los excesos en los que tan mucho era, la contraposición de su vida muelle a la situación de permanente conflicto que vivían los estudiantes de la universidad pública en la capital. Se dijo al cabo que no merecía la pena.

—Con esa planta y esos ojos, seguro que las niñas de Madrid se te comen a mordiscos.

—No te creas, que no es oro todo lo que reluce.

—Si tú lo dices... —puso en duda ella, provocadora—. Y entonces, ¿qué haces aquí a estas horas? ¿Qué venías a decirme?

Él no respondió. Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y extrajo un sobre arrugado y de papel refinado que tendió a su prima.

—Toma.

—¿Otra?

—Léela.

Maravillas tomó el sobre, sacó la carta que contenía y leyó.

—Otra vez igual —dijo, intentando no manifestar aprensión, cuando acabó la lectura. Quedó pensativa durante unos instantes, sintiendo sobre sí la mirada de su primo. Y dejó la carta sobre la mesa, junto a la bandeja de pastas—. Ésta es... ¿la tercera?

—La cuarta. Desde hace dos años. Una cada seis meses, más o menos.

—Ya.

—Siguen sin pedir nada.

—Mejor así, ¿no?

—Pues no lo sé. No sé si es mejor o peor no saber qué quieren.

—Déjalo correr. No creo que puedas hacer nada.

—Querrás decir *podamos*...

—Como prefieras.

—Oye, supongo que lo que aquí dice no es verdad...

Un brillo duro apareció en los ojos de Maravillas Obertos de Valetto.

—No seas estúpido. Por supuesto que no.

—Eso espero: sería terrible.

—No te lo voy a repetir ni una vez más, primo: no es verdad, ¿de acuerdo?

—¿Sabes lo que podría pasarnos si esto que aquí se dice se hace público? ¿Sabes a lo que habríamos de enfrentarnos?

—Me lo figuro. —Pero en sus ojos no se distinguía ahora ni la preocupación ni el recelo que antes, mientras leía la carta, los habían nublado, sino algo distinto, calinoso y oscuro. Contemplaba fijamente al joven y el brillo duro, riguroso, de antes se había evanescido y había sido sustituido por un centelleo lúbrico—. Claro que me lo figuro.

Y, tras decirlo, humedeció en sus labios el dedo índice de su mano derecha, que llevó al hoyuelo de la barbilla de él.

—Mara, no deberíamos...

—Y qué más da.

—No venía para esto, Mara. De verdad. El sobre, la carta...

—Bien que te has cuidado de que estuviera sola.

Y subió el dedo hasta los labios de él, silueteándolos con la yema, y el color rojo de la pintura de su uña se hundió en el encarnado de esos labios que ya se habían empapado y que fulguraban.

—Mara...

Ella sonrió cuando se apercibió de que la incomodidad que fingía no lograba ocultar el deseo que esos ojos verdes y enormes trasminaban. Y llevó los labios a sus labios, y la mano al pantalón y acrecentó la sonrisa cuando se cercioró de ese deseo que sus ojos rezumaban. Sólo separó sus labios para alzarse, dificultosamente, la falda de tubo tras descorrer la cremallera de la cinturilla, y bajo esa falda no había ni un centímetro de tela, únicamente el vello de su pubis, rubio como su cabello.

—Nos van a ver —repuso él, agitada la voz, mientras abría la portañuela de su pantalón de hilo.

—He cerrado la puerta al llegar.

—Tal vez ha sido uno de tus criados. La carta, me refiero.

—No se atreverían.

Y montó sobre él, se acomodó sobre sus muslos hasta sentir que la penetraba, se subió el jersey hasta el cuello, exhibió los pechos desnudos, que se veían hinchados por la maternidad reciente, y llevó la mano a su nuca, acercando sus labios a sus pezones rosados. E intensificó la cabalgada, ambas manos asidas al cabello dorado de él, alzada la cabeza, los labios entreabiertos, musitando palabras ininteligibles. Y luego, cuando ella se tensó sobre sus rodillas, él tuvo que tapar su boca para que sus jadeos no estallaran en gritos.

—Dios... —musitó luego Maravillas Obertos, intentando recuperar el aliento.

—No metas a Dios en esto.

Como siempre le ocurría cuando el arrebató permitía que la cordura regresara a sus sienes, se sentía perturbado, presa de una agitación que no era en absoluto consecuencia del placer físico.

—Pues a Lucifer entonces. —Y la sonrisa húmeda hizo centellear el nácar de sus dientes. Volvió a besarlo, suavemente—. Que, o mucho me equivoco, o debe de tener una apariencia muy similar a la tuya.

—Eres una guarra —afirmó Beltrán cuando su prima, exhausta, salió de él y se dejó caer sobre el sofá.

—Tú me haces serlo, primo.

Se recompuso la ropa y se levantó del sofá.

—Y ahora, vete —lo despidió—, y procura no tardar tanto en volver, querido.